

De la vida en la Quema al Trabajo en las calles. El cirujeo Ciudad de Buenos Aires.

Mariano Daniel Perelman.*

Resumen

En este artículo se aborda la manera en que se realiza el cirujeo-recolección informal de residuos- en la Ciudad de Buenos Aires. Para ello se tiene en cuenta la historia de la actividad, y las relaciones entre diferentes actores y las formas en que se llevó adelante la recolección formal. Se pone énfasis en las acciones impulsadas por el último gobierno militar, mostrando cómo se desarticuló la manera que se realizó la actividad durante casi un siglo, y se sentaron las bases para una nueva forma de recolectar.

Palabras clave: *Cirujeo; Disciplina; Efectos; Redefinición del pasado; Dictadura Militar.*

Abstract

The aim of this article is to analyze the way cirujeo- the informal collect of garbage- is made at Buenos Aires City. For this analyze it is consider the history of the activity, the relations between different actors and the forms in which the formal activity took ahead. It is emphasized in last military government period because since the implementation of a battery of actions by the military goverment the activity has been radically transformed.

Key words: *Cirujeo; Discipline; Effects; Past redefinition; Military Dictatorship*

Fecha de recepción: Noviembre 2007 • Fecha de aprobación: Marzo 2008

* Lic. en Antropología Social. (UBA), Departamento de Antropología FFyL, UBA. Candidato a Doctor por la Universidad de Buenos Aires. E-mail: mdp1980@yahoo.com.ar

Introducción

El problema de la basura es tu tema recurrente en todas las grandes urbes del mundo. Generalmente, intentando dar respuesta a la demanda de la población, éstas cuentan con un sistema formal de recolección y disposición de residuos. Paralelamente, en especial en los “países del tercer mundo”, miles de personas recurren a la recolección informal como forma de ganarse la vida. La actividad tiene distintos nombres según el país.

En cada país, y dentro de cada uno de éste, en cada región, la actividad está configurada de manera diferente, en función de los propios procesos históricos en relación al manejo de residuos, a las políticas sociales y a las trayectorias de los distintos actores presentes en la actividad. En la ciudad de Buenos Aires recibe el nombre de *cirujas* o *cartoneros*.

Las transformaciones sociales ocurridas durante los noventa en Argentina y la devaluación de la moneda nacional a comienzos de 2002, fueron procesos que contribuyeron a la aparición masiva de cirujas por las calles de la ciudad de Buenos Aires. Sin embargo, si bien desde entonces adquiere *visibilidad*, la actividad cuenta con una prolongada historia que, como dice Schamber “ha coexistido, con diferentes niveles de rechazo, reconocimiento e integración, con los distintos mecanismos empleados por el estado para la disposición y eliminación de las basuras” (Schamber, 2006: 81).

Con este artículo se pretende iluminar los sentidos que hoy están asociados a la actividad así como la forma en que se realiza en la actualidad, en la Ciudad de Buenos Aires. Para ello se realiza una revisión de distintos períodos históricos de la gestión formal e informal de los residuos centrándonos en la última parte en la dictadura militar ya que las políticas en relación a ella y a la sociedad en su conjunto, modificaron la manera de cirujear tal como se venía desarrollando desde principio de siglo XX (en la Quema) signando la actividad hasta la actualidad. Al mismo tiempo, nos proponemos remarcar la supervivencia en el presente de ciertos aspectos prácticos y simbólicos relacionados con las basuras que constituían características propias del sistema de gestión existente anterior a la dictadura, dando cuenta de que los sujetos resignifican sus prácticas, pero no las *olvidan*.

También, demostramos que existieron modificaciones a partir de las políticas públicas macroeconómicas desplegadas en la década del 90', llevando, en la actualidad, a una creciente heterogeneidad de prácticas, y que éstas encuentran en la dictadura sus bases estructurantes.

Entre 2002 y 2007 fuimos realizando entrevistas en profundidad a cirujas que realizaron la actividad previo a la dictadura y que continuaron haciéndola en democracia. Estos relatos, nutridos con entrevistas a otros sujetos y con el análisis de fuentes documentales sirvieron para constatar y contrastar, poner en relieve o problematizar la visión de los sujetos. A su vez, realizamos entrevistas a sujetos que comenzaron con la actividad hacia fines de la década de 1990.

Nuestro análisis no sólo se basa en comprender los cambios en la legislación o toma de posición predominante sobre una cuestión- en este caso el cirujeo- (por ejemplo la ilegalización de la misma) sino que también poder dar cuenta de cómo estas prácticas funcionaron en lo cotidiano, se entrelazaron con las trayectorias de

los sujetos. De esta forma, siguiendo a Foucault (2003) pensamos que la penalidad no es sólo una manera de reprimir (delitos), sino que se deben “analizar más bien los “sistemas punitivos concretos”, estudiarlos como fenómenos sociales de los que no pueden dar razón la sola armazón jurídica de la sociedad ni sus opciones éticas fundamentales; situarlos en un campo de funcionamiento donde la sanción de los delitos no es el elemento único; demostrar que las medidas punitivas no son simplemente mecanismos “negativos” que permiten reprimir, impedir, excluir, suprimir, sino que están ligadas a toda una serie de efectos positivos y útiles, a los que tiene por misión sostener”. (Foucault, 2003: 31).

Es en la cotidianeidad social -en tanto constructo analítico- el espacio fructífero para poder comprender y analizar los sentidos que se van entretejiendo diariamente y que le dan sentido a las prácticas de los sujetos (donde se combinan y confrontan relacionamente las distintas tomas de posición de los diferentes actores). Es en este campo dónde se puede apreciar los efectos productivos de las políticas represivas, dónde se observa cómo toda otra serie políticas incide en los sujetos y cómo éstos se apropian de ellas y las resignifican. Más aún, se pueden reconocer cómo acciones que no tienen como objeto directo a la población ciruja, influyen en la forma de construcción de la actividad.

Algunas definiciones sobre el cirujeo

Se entiende por cirujeo/cartoneo la actividad de recolección de materiales de la basura que pueden ser reciclados, ya sea a nivel industrial o doméstico. Además de la recolección, la actividad está compuesta por muchas otras acciones como son la separación y clasificación de algunos materiales, la limpieza de otros, el preparado de los medios de trabajo, etc. Existen diferentes formas de vender lo recolectado. Muchos de los productos que tienen valor de reciclado (como el cartón, papel, vidrio, metales, plástico, telgopor, etc.) son vendidos a acopiadores. También se recolectan elementos para uso personal (ropa, alimento) y otros que pueden ser vendidos o cambiados (ropa, electrodomésticos, muebles, etc.). Generalmente, de la actividad participa todo el grupo familiar. Muchas veces sale el grupo entero y se dividen tareas: los chicos y madres piden alimentos, monedas y los hombres revisan bolsas. Otras veces, sólo algunos de los integrantes salen a cirujear. Sin embargo, a la hora de la separación, limpieza y venta, toda la familia presta su trabajo.

Existe una puja en torno al sentido del cirujeo. Durante el trabajo de campo, notamos que las personas que realizan la actividad utilizan en su discurso el cirujear o cartonear indefectiblemente pero muchos prefieren que se los reconozca como recuperadores (término que ha impulsado el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires desde 2002), cartoneros, botelleros o carreros. Schamber (2006) da cuenta de los significados con que se la ha asociado. En un diario porteño¹ se relaciona a la palabra (y la actividad) con la “vagancia” y con las personas en situación de calle. En este caso, prosigue, se lo equipara al de “linyera”, “atorrante” o “croto”, pero se diferenciaría de

¹ Nos referimos a La Nación, el segundo en tirada del país y caracterizado como “conservador”.

éstos por el hecho de realizar la actividad. Existe otra corriente que ve a los cirujas en relación a la basura. Así, “desde esta parcialidad del sentido, no se acentúa ni la vagancia ni la situación de calle, sino la actividad concreta que realizan para obtener su sustento: la recolección de residuos re-aprovechables” (Schamber, 2006: 83).

Estas tensiones dan cuenta de la diversidad y complejidad que existe alrededor del “mundo del cirujeo”. Así por ejemplo, los sujetos que realizan la actividad se encuentran, en general, en situaciones de vulnerabilidad y vivencian discriminaciones, sus viviendas son deficitarias, los niveles educativos bajos², embarazos juveniles no deseados, la satisfacción de necesidades responde muchas veces a un entramado de estrategias y relaciones precarias, utilizan además de los servicios que les brinda el Programa de Recuperadores de la ciudad, toda otra serie de redes y de planes sociales. También, da cuenta de las diferentes valoraciones con las que la actividad ha tenido (y aún hoy en día lo tiene) que convivir. Estas tensiones están construidas por los propios cirujas y, al mismo tiempo, por lo que se construye valorativamente por fuera de los ellos.

En este artículo, nos interesa centrarnos en la manera en la que se recolecta, remarcando cómo las políticas públicas han contribuido a ello, dejando de lado tanto los otros procesos como actividades ligadas a las formas de supervivencia de los cirujas.

El ciruja hace de la basura una mercancía a través de la recolección informal. Es en esta selección que ciertos materiales de desecho (generalmente papel, cartón, metales, vidrios y plásticos) y en su posterior acondicionamiento (lavado, diferenciación, secado, limpiado), que estos adquieren un valor. Los materiales son vendidos a depósitos que a su vez venden a uno mayor (especializados); y éstos, a su vez, a la gran industria donde son reciclados y reutilizados como materia prima para nuevos productos de consumo masivo. Por su parte, la basura para el ciruja tiene un valor de uso. Algunos materiales son directamente utilizados para equipar sus casas, otros son consumidos para alimentarse. Es en este proceso que comprendemos el lugar que ocupan los cirujas dentro de una cadena productiva siendo ellos el eslabón más explotado de todos, utilizados como mano de obra barata.

La otra cara de la recolección, la formal, (la gestión de residuos -generación, recolección, tratamiento y disposición final) es parte constitutiva del universo de sentidos de la actividad informal. Paiva (2006) a partir de la forma de tratamiento y disposición final establece cuatro períodos en relación a su manejo: desde la fundación de la Ciudad de Buenos Aires hasta la instalación de la “Quema”, en la cual los residuos son vertidos en los terrenos baldíos – “huecos” – o arrojados al agua; desde 1860 y hasta 1904 en que el tratamiento de los desechos se efectúa por “quema a cielo abierto”; desde 1904 hasta 1977 en donde se tratan por “incineración”; desde 1977 a la actualidad, en donde a partir de la Creación del Cinturón Ecológico del Área Metropolitana Sociedad del Estado, luego rebautizado como Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE) el tratamiento final de los resi-

² Cabe aclarar que durante la última década- a partir del constante aumento de la desocupación y falta de otras alternativas laborales- la composición social del cirujeo a variado notablemente. Una de las características que nos hablan de estos cambios es el nivel educativo (encontramos algunos con el secundario completo y con oficio) de los sujetos que han comenzado a realizar la actividad recientemente. Cabe aclarar que la permanencia a la actividad de estos sujetos es de alrededor de dos años. (ver Perelman, 2004)

duos se realiza por “relleno sanitario”.

Es necesario destacar, sin embargo, que hasta 1977 funcionaron, paralelamente a la incineración domiciliaria y vaciaderos a cielo abierto. Básicamente, la actividad de recolección informal y venta se realizó en estos ámbitos. El más conocido fue la “quema” del Bajo Flores. Su nombre, remite a una forma de tratamiento final de los residuos prohibida décadas antes del cierre del vaciadero. Sin embargo, el imaginario popular y las personas abocadas al trabajo con la basura (sea del circuito formal como el informal) continuaron llamando a este lugar (hoy es una serie de parques, asentamientos y villas miserias) *La Quema*. La creación del CEAMSE significó el cierre de los vaciaderos y la prohibición de la incineración domiciliaria. A partir de entonces, junto con la desarticulación de aquella configuración social (Elías, 1996), el cirujeo pasó a realizarse en las calles y se hizo –predominantemente– nocturno. Como veremos, fue parte de una política global con respecto a la ciudad que sigue signando la manera en que la actividad se realiza. Es necesario aclarar que el CEAMSE es un sistema de gestión regional, cuyos “efectos de políticas” se dieron de distinto modo en diferentes municipios (horarios de recolección, privatización de la recolección, persecución del cirujeo). Aquí nos centramos en la ciudad de Buenos Aires, en la que su instalación, como se verá, estuvo acompañada de toda otra serie de medidas que hicieron a la especificidad en la ciudad.

Sistema de recolección, residuos y cirujas.

Seguramente la recolección informal haya nacido con la basura. Basta que alguien pueda darle utilidad a lo tirado por otra persona. La actividad ha siempre sido, en mayor o menor medida, conflictiva.

La creciente y rápida urbanización de la ciudad durante el siglo XIX, hizo que los “huecos” dónde se tiraba la basura quedasen en áreas céntricas de la ciudad, por lo que se buscó otra forma de deshacerse de la basura porteña. Así, nacen las quemas a cielo abierto, en tierras con poco valor económico (inundables, en las adyacencias del riachuelo, alejadas de la ciudad). Nace así, la quema del Nueva Pompeya³, que si bien empezó a funcionar “de hecho” a mediados de 1860, se inauguró formalmente en 1873 (Paiva, 2006).

La metodología era la siguiente. El gobierno municipal, con el crecimiento de los residuos, comenzó a concesionar la recolección. El municipio recibía un canon de la empresa prestataria. El negocio para esta última era la venta de elementos recuperables. La empresa prestataria debía recolectar y vender lo reciclado, a la vez que se deshacían de lo inservible a través de la cremación. El proceso se realizaba en el predio al cual llegaban los residuos en un tren construido a tales fines⁴. Es en este contexto

³ Se encontraba entre la actual Av Amancio Alcorta, las inmediaciones de la Av. Vélez Sarfield, el Riachuelo y la Av. Sáenz.

⁴ Fue conocido como el Tren de la Basura. Con el incremento de la producción de residuos se construyó un embarcadero en dónde la basura se depositaba temporalmente hasta que el tren partiese a hacia la “Quema”. El “vaciadero” como fue conocido este lugar, llevó también a la aparición de sujetos en busca de materiales reutilizables. Por otro lado, la basura quedaba estacionada durante horas en los vagones hasta que el tren partía, lo que provocaba grandes quejas de los vecinos por los olores, la suciedad y la dificultad para transitar por la zona.

donde aparecen los cirujas en las memorias municipales. Al incrementarse notablemente el número de sujetos que recorrían las calles porteñas hurgando en los cajones de basura domiciliaria antes de que pasaran las chatas recolectoras, las empresas pres-tatarias no lograban recuperar de los residuos elementos plausibles a ser reciclados, reduciendo así las ganancias de las empresas y el canon que éstas pagaban al municipio (Prignano, 1998).

Así, estos *cateadores*⁵ eran vistos como un *problema* para el municipio. De hecho, la actividad fue considerada, según las memorias municipales, como “abusiva” ya que privaba a la dependencia estatal de una renta más abultada⁶. Esto ocasionó los primeros intentos de eliminar el cirujeo a través de la intervención policial. Así, los “rebuscadores de residuos”, comenzaron a ser perseguidos para impedir que continuaran dicha práctica. “Pero, en aquellos tiempos (...) la basura era propiedad del que la generaba hasta tanto no fuera levantada por el carro recolector. En consecuencia, (...) pudieron seguir buscando en los cajones, separando y llevando en sus bolsas todo lo que podían cargar, siempre que los vecinos no se opusieran.” (Prignano, 1998: 120-121).

A su vez, los cirujas se habían asentado en la Quema a fin de recoger los materiales que aún poseían valor comercial. Lo hacían provistos de un gancho de hierro que utilizaban para recolectar y retirar todo tipo de materiales y objetos susceptibles al consumo y a la venta. Este asentamiento recibió el nombre de “Pueblo de las Ranas”, el cual fue desalojado durante el primer cuarto del siglo XX. La mayoría de los que allí vivían, fueron a ocupar los sectores adyacentes del Cementerio de Flores, donde para la época se había abierto un vaciadero. Este corrimiento de los desalojados da cuenta de la relación que los sujetos tenían con la basura en tanto forma de subsistencia, ya que no se trasladaban a cualquier lado sino que lo hacían siguiendo a los residuos.

El sistema de quema conllevó diferentes *inconvenientes* ya que contaminaba y no lograba deshacerse de los residuos. Así, luego de un exhaustivo análisis, se decidió implantar el sistema de incineración a partir de usinas.

La primera de ellas se construyó donde antes había estado la Quema de Pompeya que para 1911 se la había suprimido⁷. Paralelamente, como dijimos, se habilitaron distintos vaciaderos a cielo abierto donde la basura era simplemente tirada sin ningún tratamiento. Es de destacar el que estaba en inmediaciones del Cementerio de Flores (la Quema del Bajo Flores) que, luego en la década de 1970 sería el segundo más grande del mundo detrás del de Bombay. Es en este lugar dónde la mayoría de los cirujas que entrevistamos comenzaron a realizar la actividad. Según Prignano (1998), fue especialmente en este lugar, donde se organizó la actividad de en la ciudad de Buenos Aires.

Al tiempo que se implementaban cada vez más vaciaderos, a partir de fines de la década del cuarenta se fomentó el uso de incineradores domésticos. El sistema de desecho de residuos se completó con tres usinas incineradoras municipales ubicadas

⁵ La actividad ha recibido diferentes nombres. Retomamos esta categoría de un artículo de Bernández aparecido en la Revista Caras y Caretas en 1899.

⁶ Memorias municipales 1876 a 1880

⁷ El vaciadero fue trasladado al barrio de “Nueva Chicago”, cercano al borde de la ciudad y al matadero municipal.

en los barrios de Chacarita, Flores y Nueva Pompeya. Este sistema se mantuvo hasta 1976 cuando tanto el uso de incineradores como las usinas fueron prohibidos por distintas ordenanzas.

Así, hasta la década de 1970 el cirujeo era realizado en los basurales de la ciudad. A la vez existía otro tipo de recolección informal que se llevaba a cabo en la vía pública. Esta era realizada por los “botelleros” que “compraban” los envases al vecino (Paiva, 2006).

Paralelamente, existía la recolección “formal” realizada por las empresas prestatarias del sistema. Sin embargo, el límite entre los “dos tipos de recolección” es cuanto menos difuso ya que los trabajadores de los camiones recolectores también realizaban una separación diferencial a la vez que buscaban los cajones de basura.

De la calle a la “Quemas”, la recolección formal

El camión pasaba por la calle Lacarra una y otra vez, lleno de olores, colores, elementos de distintos tamaños. Una vez, cargado y otra, vacío. Un chofer y cuatro peones transitaban la misma ruta varias veces por día yendo de los barrios a la *Quema*. Dos hombres arriba del camión recibían la basura, mientras otros dos abajo, uno de cada lado, corrían por la ciudad alcanzando los tachos, cajones de verdura o fruta a los de arriba. Como recuerdan, “antes no había bolsita”; el camión constaba de dos compuertas corredizas en el techo que se iban llenando de atrás (el más cercano a la cabina) hacia adelante. “No eran camiones que compacten la basura” recuerda Pepe⁸, como son los de ahora. Solamente se arrojaban los contenidos de los “sucios tachos” dentro del camión. Mientras recorrían la ciudad los de arriba solían ir *cirujeando*, separando en bolsones todo lo que pudiese luego ser vendido⁹. Después se repartía la mercadería recolectada. Claro que debían dejar la carga diferenciada antes del control municipal, “antes de llegar a la balanza”.

Camiones provenientes de todos los barrios de la ciudad confluían en una larga cola para ser pesados. Sólo el chofer se quedaba en él, los peones se bajaban y aprovechaban para dormir o tomar un poco de vino.

Uno de los choferes recuerda que una vez llegado al siempre movedido límite de la quema “había un tronco grande que obligaba al camión, que no permitía que vaya más para atrás. Volcaba, volcaba y chau.” Una vez tirada la carga, funcionaban máquinas que esparcían lo volcado y a la vez hacían una fosa para ser completada por la descarga de otros camiones. El camión luego salía, buscaba a los peones y comenzaba nuevamente el proceso.

El mundo de la “Quema”

La fosa era el lugar privilegiado para los cirujas. Una vez volcada la carga de los camiones, corrían para juntar lo que caía. Juan recuerda que “la máquina no los deja-

⁸ Para respetar la privacidad los informantes los nombres fueron modificados.

⁹ El cirujeo mientras se realizaba la “recolección formal” parece haber sido una práctica habitual.

ba juntar tranquilo. Porque está por hora, entonces tiene que operar constantemente, no puede parar”. Entre que ésta retrocedía y se adelantaba “íbamos a juntar nosotros” continúa. También recuerdan que “te hace bien, porque desparrama la basura. Entonces podés encontrar... abajo, descubris cada cosa”. “La máquina solía esperarlos”, cuenta otro de los que trabajaron varios años en la Quema. “Este solía esperarlos” da cuenta de las relaciones que se fueron entablando con el paso de los años entre los empleados que trabajaban en la quema y los cirujas que allí recolectaban.

La actividad no sólo se reducía a recolectar en el lugar más codiciado del predio. Recuerdan los cirujas que la vida en la Quema era dura y peligrosa.

El territorio estaba controlado por “capangas” que formaban bandas a las que protegían. “Había barras que te llevaban de guapo [a la fuerza] si vos eras medio solo, o sea nadie que te respalde, venían dos o tres y te saqueaban la mercadería”, explica Coco. Si no formabas parte de su banda “te sacaban de guapo”. Juan, recuerda que “cuando vos juntabas demasiado y estabas solo, ya sabias que te iban a sacar de prepo (a la fuerza). Te prepiaban y te sacaban”. Para formar parte de las bandas recuerdan dos viejos amigos de la época que “había que tomar vino”¹⁰ y “arrancar con ellos”, esto quiere decir “compartir y estar ahí”, “juntarse”, dormir dentro de la quema, en el mismo lugar. En pocas palabras, para trabajar en la quema había que generar con la presencia una relación de cotidianeidad y conocimiento mutuo, que terminaban constituyendo el mundo de los cirujas.

Muchos *ranchaban*, o sea, vivían en *ranchos* (casas) construídos sobre y con la basura. Pasar las noches era peligroso. Se dormía en “una carpita de plástico [hace el gesto], un colchón y a estar despierto para cuidar la mercadería porque sino chau! Así era”, dice Pepe orgulloso.

Se les pagaba a los “capangas” por la protección con vino y con parte de lo recolectado. A la vez, se formaban grupos de afinidad que les permitía poder moverse con tranquilidad por la quema y creaban lazos con personas con quienes podían compartir las oscuras y peligrosas noches. Según cuentan los cirujas, existían marcadas diferencias con la vida durante el día. Sin luz más que el del fuego prendido para calentar-se o cocinar algo, al ritmo del vino, cualquier pelea podía terminar en una muerte.

La “Quema” era un lugar “abierto” y durante el día iban a recolectar familias enteras. Una vez adentro, era usual que cada integrante del grupo lo hiciera por separado. Era común durante el día ver niños correr por entre las montañas de basura. Recuerdan la fascinación de los chicos ante el encuentro de cosas que consideraban valiosas. Pero, cuenta Juan que “los pasaban a valores [los advertían, los retaban] cuando juntaban mucho y que se tenían que juntar con otros.” De esta forma, comenzaban a formar parte de bandas desde muy pequeños. Al principio iban a comprar vino a otros, para luego ir entrando cada vez más en la red de protección que la pertenencia al grupo prometía. Un ciruja, que hoy tiene unos cuarenta y cinco años,

¹⁰ El vino parece haber cumplido un lugar central, ritual dentro de la Quema. Algunos de ellos en las entrevistas justifican este hábito porque sino no se puede aguantar la presión del trabajo. También parece haber funcionado como un elemento socializador. Como se puede apreciar en la cita, el vino formaba parte de este “estar ahí” y crear redes de reciprocidad y protección tan necesarias para “sobrevivir” en la quema. De todas formas queda profundizar sobre la importancia del vino.

recuerda que “ellos estaban mirando lo que juntaban los niños y después te decían ‘bueno, hiciste hoy 10 pesos, está bien... andate a traer dos vinos o tres’, y el niño tenía que ir a comprarle los dos o tres vinos y dejárselo ahí.”

Los “capangas” también controlaban la recolección de lo que se tiraba en las fosas. Solían arreglar con el chofer para que les tire la mercadería donde quisiera a cambio de algo de dinero. Al ver acercarse el camión decían “ese camión que viene acá, tal camión número tal, ese es mío”. El trabajo prolongado en la Quema permitía discernir de dónde provenía cada camión y la mercadería que podría estar cargando. De aquí que existiesen fuertes enfrentamientos para asegurarse de una buena carga.

Esta situación dificultaba también la posibilidad de trabajar “por cuenta propia”, porque “recién podías juntar lo que quedaba, pero lo grueso se lo llevaban los otros. Y bueno así era... y te mataban si ibas a tocarlo”.

La manera en que se depositaban los residuos también hacía que los cirujas vayan moviéndose por la Quema. No siempre ocupaban en mismo territorio sino que se movían en función de dónde se iba efectuando la descarga. Como vimos, luego de la descarga de los camiones pasaban máquinas para alisar y esparcir las montañas de basura que iban quedando. Pero también, los camiones iban descargando en distintos lugares para intentar que el terreno vaya quedando equilibrado. Así el ciruja se iba moviendo. Estos codiciados lugares eran los que se dividían los capangas “siempre donde estaba lo grueso.”

La venta de lo recolectado también solía hacerse dentro de la Quema. Algunos para asegurarse la mercadería pagaban una parte por adelantado. Otros pasaban a primera hora de la mañana o a última de la noche y compraban. Suárez (1998) plantea que también en los alrededores se fueron formando establecimientos especializados en compra de materiales. A fines de la década del 40 y comienzos de la del 50, alrededor de los vaciaderos y de los galpones de clasificación se instalaron algunas “villas de emergencia”¹¹ donde las familias subsistían de los materiales recuperados.

Si bien la Quema era un territorio con una lógica propia, con actores fuertemente establecidos, también había sujetos que no pasaban su vida dentro de la quema, sino que iban de vez en cuando en busca de cualquier cosa que se pueda reutilizar. No todos los que cirujeaban en la Quema vivían en ella. Tampoco todos los chatarreros, fierrieros, depositeros, entraban para comprar lo recolectado.

Hay que destacar que además de la peligrosidad del trabajo en sí, rodeado de montañas de basura con grandes grietas en las que se podía caer y morir, en medio de materia putrefacta, de las peleas constantes, la policía también era un factor que contribuía a que la vida fuera más difícil. Pedro cuenta que “era jodido porque eso era clandestino de todos lados, por la gente que se juntaba y por las autoridades también. Te corrían a tiros. Yo una vez me pasé por arriba de las cenizas aparentemente apagadas y salí corriendo. Te aplicaban el artículo contravencional, vagancia te ponían, no había ningún justificativo laboral”. Infantería y policía entraban para razias, persecuciones. “IncurSIONES con la montada”, eran usuales. Por lo que “cuando veía alguno, agarraba y avisaba a

¹¹ Para un análisis de las villas de emergencia en la ciudad de Buenos Aires, su población, su caracterización y la intervención estatal pueden consultarse Cravino (2006), Ratier (1972), Ziccardi (1983), Guber (1991) entre otros.

todos y ha escaparse. Sino, de los treinta días no te salvabas, arresto y qué multa.”

Los recuerdos de aquella época, no son todos negativos. La basura era mejor. Las fábricas tiraban de todo, “pilcha nueva”, cosas en buen estado, comida¹². Los mataderos, polleros, camiones enteros eran tirados. Todo lo “decomisado” pero en buen estado, aclara Coco, iba parar a la quema. Pedro, quien en la actualidad continúa cirujando, plantea que “los tiempos cambiaron. Ya no es como antes, antes había una Argentina potable, [en la que] se podía decir que era un país que podías competir con los mejores países del mundo (...) y la producción que se hacía en la Argentina esa la industria estaba a full. Sobraba. Las industrias, ¡que industrias! En San Martín, en Caseros, fábricas que ahora están vacíos (...) ahora están cerradas. Todo eso era a full, imaginate todo eso generando basura. Y todos laburando”.

En la “Quema” se crearon relaciones estables, entre cientos de sujetos (no sólo cirujas) que una vez cerrada siguieron dedicándose a la actividad. Se agarraban a tiros y a cuchillazos por mantener el espacio, tomaban vino constantemente y debían formar parte de bandas, controladas por “capangas” para estar protegidos, a los que les pagaban con vino y con parte de lo recolectado. Debían recolectar en medio de montañas de basuras que dejaban importantes huecos en los que podían caer, y tenían que apurarse para apropiarse de los materiales reciclables entre el momento en que el camión recolector tiraba su carga y en que la máquina que esparcía los residuos pasaba. Eran perseguidos por la policía.

Un poco románticos, un poco reales, recuerdan que si bien vivían de la basura “volvías con dinero a tu casa” y que “podías comprarte lo que querías”¹³. Más producción, más consumo y más basura. Ya sea recolectando directamente en la calle o como depositeros, resignificaron su experiencia con las nuevas reglas de juego.

Durante el proceso militar, los planes de erradicación de villas de emergencia también apuntaron a la eliminación de basurales (Suárez, 1998). Este proceso continuó con los planes municipales de saneamiento de la zona.

El cierre de la Quema, desaparición de los residuos

Durante la última dictadura militar, la Ciudad de Buenos Aires fue objeto de una fuerte intervención en cuanto a su concepción espacial y social. Esta importante preocupación por modificar el espacio no es menor en tanto se intentó crear un nuevo orden más duradero. Como plantea Balandier “la topografía simbólica de una gran ciudad es una topografía social y política” (1994: 26) que establece marcas duraderas a partir de concepciones de “usos del espacio urbano” (Oszlak, 1991; Topalov, 1979; Kowaric, 1996), centrales a la hora del control social (Foucault, 2003). La intervención del espacio debe ser siempre pensada dentro de un contexto político-económico que estructura formas de simbolizarlo, de imaginarlo, de recordarlo, y, por

¹² La mayoría de los cirujas se alimentaba con lo que recolectaban durante el día.

¹³ Como plantea Guber (2007:22) “Es propio de quienes analizan los fenómenos ligados a la memoria social advertir los planteos uniformadores entre el presente y un pasado no siempre confortable, para ligar versiones convenientes. En vez de interpretar estos exabruptos y divergencias entre pasado y presente como señales del interés y la manipulación, propongo tratarlos como parte de un patrón de historización que plantea distintas composiciones de sentido que afectan la posición de quienes recuerdan, modelando la producción de sus contextos presentes”.

ende, de vivirlo. (Gupta y Ferguson, 1992)

Para el gobierno militar la ciudad se debía “merecer” vivirla, transitarla y usarla. (Oszlak, 1991; Torres, 1993). Así lo manifestaba un ex funcionario municipal:

“No puede vivir cualquiera en ella. Hay que hacer un esfuerzo efectivo para mejorar el hábitat, las condiciones de salubridad e higiene. Concretamente, vivir en Buenos Aires no es para cualquiera sino para el que lo merezca, para el que acepte la pauta de una vida comunitaria agradable y eficiente. Debemos tener una ciudad mejor para la mejor gente” (Dr. Del Cipo, Competencia, 1980. En Oszlak, 1991: 78)

A su vez se produjeron nuevas alianzas de tipo corporativas entre el Estado y sectores privados. Producto de ambos procesos se interviene sobre el sistema de recolección de residuos, y por lo tanto, sobre los cirujas.

Las declaraciones del ex titular de la comisión municipal de la vivienda y luego intendente de la ciudad resumen parte de la concepción subyacente a las acciones que se llevaron adelante durante los siete años de gobierno de facto. Para ello se estableció un nuevo Código de Planeamiento urbano como marco normativo-jurídico donde todas las políticas municipales encontraron su anclaje legal e ideológico.

Además, se sancionó una nueva ley de viviendas que hizo subir el precio de los alquileres. Como resultado se produjo una serie de desalojos y mudanzas. Muchos optaron por instalarse en casas de parientes (donde aumentaban las condiciones de hacinamiento), trasladarse a villas de emergencia (de la provincia de Buenos Aires), regresar a sus provincias o países de origen o ubicarse en hoteles y pensiones.

También se produjo una explícita política de erradicación de villas. Se desarrolló una doble estrategia: por un lado, hacia los villeros y, por el otro, hacia el resto de la población de la ciudad de Buenos Aires, buscando crear una visión negativa de la población villera.

Otro elemento, que puede parecer menor, pero que no lo es, fue el plan de Autopistas. No sólo porque se desalojó a cientos de personas que luego no pudieron comprar casas (gracias al régimen de desalojos y los precios pagados por el municipio) sino porque privilegiar una forma de transporte como las autopistas por sobre otras (como los subtes o trenes que fueron descartados por la municipalidad) marca una postura sobre el “tipo” de gente que tiene la capacidad de circular e ingresar a la ciudad.

Por último es preciso mencionar la creación del Cinturón Ecológico del Área Metropolitana Sociedad del Estado, luego rebautizado como Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE).

Como vimos en el apartado anterior, alrededor de los residuos sólidos funcionaba todo otro mercado informal de recolección que fue borrado a partir de estas transformaciones.

A comienzos de 1977 los gobiernos de la Provincia de Buenos Aires y la Municipalidad de Buenos Aires, firmaron el convenio de su creación. Se estableció que se reservarían dos lugares que serían nivelados mediante la técnica del “relleno sanitario” y recuperados para el usufructo de la población (todo un cordón a lo largo del Río de la Plata entre el Riachuelo y la ciudad de La Plata; y otro en la cuenca del Río Reconquista). Además se decidió la creación de una empresa que debía proyectar, ejecutar y fiscalizar la deposición final de los residuos. Se buscaba, así, una solu-

ción a dos problemas (o por lo menos así se planteaba): por un lado, se dotaría al área metropolitana de espacios verdes suficientes para la población estimada en el año 2000; por el otro, se buscaba poner fin al problema de los residuos domiciliarios e industriales mediante un sistema económico y más higiénico que la quema. Se crearon tres estaciones de transferencia donde los residuos aún hoy son llevados por los camiones recolectores. Ahí los residuos son transferidos mediante un dispositivo hidráulico a vehículos especiales de 22 toneladas de capacidad que llevan la “basura” a su lugar de deposición final. Se comenzó de esta forma a exportar basura de la Capital Federal a la Provincia de Buenos Aires, una nueva expresión de las políticas impulsadas por el intendente Cacciattore, para intentar convertir a la ciudad en una zona “exclusiva”.

Las medidas tomadas sobre los residuos no terminan aquí. El gobierno municipal, a partir varias ordenanzas, reglamentó el sistema de recolección y la conducta de los porteños¹⁴. La Ordenanza N° 33.581 prohibió arrojar o mantener cualquier clase de basura, desperdicios, aguas servidas o enseres domésticos en la vía pública, veredas, calles, terrenos baldíos o casas abandonadas. Reglamentó el uso de recipientes destinados a contener los residuos domiciliarios para su posterior recolección, para esto normalizó el uso de bolsas plásticas. Estableció que la recolección diaria, puerta por puerta, de residuos domiciliarios por parte de la Municipalidad sería total en los edificios destinados a viviendas, y también en los de uso comercial, industrial o institucional. En su artículo sexto, la ordenanza establece: “Prohíbese la selección, remoción, recolección, adquisición, venta, transporte, almacenaje, o manipuleo de toda clase de residuos domiciliarios que se encuentren en la vía pública, para su retiro por parte del servicio de recolección; quedan comprendidos en la presente prohibición la entrega y/o comercialización de residuos alimenticios cualquiera sea su procedencia.”

Un año más tarde se prohibió en todo el ámbito de la Capital Federal, la descarga de basura a cielo abierto. (Ord. N° 34.523/78). En 1982, por último, mediante el decreto N° 613 se dispuso que las bolsas de residuos domiciliarios fueran depositadas sobre aceras, de domingos a viernes, a partir de la hora 20.

La creación y puesta en funcionamiento del CEAMSE, el cambio en la forma de la recolección, la nueva legislación y la erradicación de las villas miserias (dónde la mayoría de los cirujas vivían) significó una transformación en las formas de recolectar. A partir de 1977 el CEAMSE se constituyó como un espacio inexpugnable para cualquier persona que no trabajara allí¹⁵.

Los primeros años fueron formativos para los cirujas: debían comprender que la “mercadería” no les pertenecía, sino que era ahora propiedad de las empresas recolectoras, y que, el lugar a dónde debía de ser llevada era al CEAMSE. Conjuntamente con una represión explícita, una de las habituales prácticas de los agentes estatales era la de llevar a los cirujas al predio dónde se enterrarían los desechos, los formaban en fila y luego les hacían tirar “la basura”. Este era el nuevo orden de las cosas. Cuenta uno de ellos que:

¹⁴ La legislación referente a sobre cómo debían disponerse los residuos sólidos da cuenta de intento de disciplinamiento sobre el conjunto de la población

¹⁵ “La disciplina es ante todo un análisis del espacio” (Foucault, 1996: 114). Nótese cómo el gobierno militar desarrolló toda una serie de prácticas para lograr controlar el espacio

“se hacían operativos. MANLIBA¹⁶ hacia operativos con la policía (...) no estaban persiguiendo al que juntaba con la mano, sino dónde había vehiculos se le decomisaba la mercadería y se le levantaba un acta.

M: ¿y con la mercadería que hacían?

V: la tiraban acá.

M: ¿al CEAMSE la traían?

V: mira que ironía. La tiraban, la enterraban con la basura común.¹⁷

El cirujeo comenzó a transformarse en una actividad predominantemente nocturna, hora en que los porteños comenzaron a sacar los residuos a la calle. Y, a partir de entonces, podrían ser detenidos por robo, ya que como planteamos, los residuos una vez en la acera, eran propiedad de las empresas recolectoras.¹⁸

Esta lógica de gestión de residuos se diferencia fuertemente con las anteriores. Como vimos, a comienzos de siglo XX el municipio recibía un canon por la recolección. Además “en aquellos tiempos” para volver a la frase utilizada por Prinano la basura era propiedad del que la generaba hasta que se recolectaba.

Que los residuos hayan empezado a ser privados, tiene que ver con cómo se estructuró el nuevo sistema de recolección de residuos: a partir de entonces, y hasta 2004, las empresas recolectoras cobraron por peso. Una vez que los camiones recolectaban la basura, su carga era pesada y según ésta, las empresas cobraban. El cirujeo, mediante la selección y remoción de “mercancía” previa al peso, traía aparejado un perjuicio económico directo a las empresas recolectoras, que a partir de las alianzas establecidas con el Estado, comenzaron a hacer valer sus intereses.

La relación CEAMSE (empresa estatal)-empresas recolectoras-Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires no es un negocio menor en la ciudad. Éste se configuró durante la última dictadura y se fue consolidando con el correr de las décadas.

Es cierto que durante varios años el cirujeo fue relativamente reducido si se lo compara con los primeros años de 2000. Muchos de los que vivían en las quemas o en las villas de la ciudad fueron desalojados y tuvieron que irse a la provincia de Buenos Aires, otros “salieron” a las calles a recolectar, sin embargo el número de cirujas parece haberse reducido hasta mediados de la década del noventa cuando las consecuencias de las políticas implementados desde la década de 1970 y exacerbadas durante la de 1990 se hicieron visibles. Fue en este contexto dónde se aplicaron a raja tabla todas las leyes dictadas durante el gobierno de facto y que fueron derogadas a finas de 2002.

El trabajo en las calles de la ciudad de Buenos Aires

Los cirujas, como dijimos, vieron desaparecer durante la dictadura su espacios de trabajo, que como establecimos era mucho más eso. La Quema era un mundo con

¹⁶ Una de las empresas recolectoras

¹⁷ Entrevista realizada a un ciruja de 55 años que se dedica de la actividad desde chico.

¹⁸ Hasta el año de su derogación, en 1998, los edictos policiales fueron la herramienta para imputar, detener y sancionar a los cirujas. La figura contravencional usada habitualmente para imputarlos fue la de “vagancia”. A partir de 1977 se le sumó la prohibición de la actividad.

lógica propia, un lugar de relaciones sociales y económicas.

Las miles de personas que comenzaron a realizar la actividad durante los noventa y el dos mil, encontrarán en la calle los materiales para la recolección. Al mismo tiempo, el lugar de trabajo quedará disociado de otros espacios (como de habitación, compra y venta de materiales). Los viejos cirujas, tuvieron que encontrar la manera de resignificar sus prácticas y su pasado para contraponerlo con las historias de los actuales cirujas¹⁹.

El cirujeo “en democracia” se fue conformando en este contexto, se fue abriendo paso entre la nueva legislación y las redes establecidas en la dictadura y consolidadas más tarde.

Es en la calle donde se generan cotidianamente una serie de relaciones personales en pos de garantizar la previsibilidad de acceso a los recursos. La calle para los cirujas no aparece como un lugar de anonimato, sino, por el contrario, es el lugar del contacto. En general, van confeccionando recorridos específicos que repiten día a día. La construcción de recorridos se va haciendo en la práctica cotidiana, en el estar y ser reconocidos. En ella se van generando relaciones personales de afinidad y reciprocidad con algunos vecinos, a ellos los llaman *clientes*²⁰. Los recorridos son una producción particular de cada recolector, conformados por la capacidad de generar relaciones con los otros actores de la zona en que se recolecta. La mayor parte organiza su actividad cumpliendo horarios. Deben recolectar antes que los camiones de basura (la recolección formal) se lleven las bolsas. También cumplir el hecho de cumplir un horario, les permite cruzarse con las mismas personas y hace que se reafirme la relación personal.

La necesidad de establecer clientes está sumamente internalizada en el universo simbólico de los cirujas: cuando uno pregunta sobre ellos recibe respuestas como: “¿quién no tiene clientes?” u “obvio, todos tienen clientes”. Son ellos los que les permiten tener cierta seguridad de mercadería diaria. Lo que determina la posesión de un *cliente* es la repetición en el tiempo, el ganar la confianza de la gente, el estar ahí constantemente. De la misma forma, este tipo de relaciones requiere una serie de comportamientos cotidianos (dejar limpia la vereda, darle un obsequio como un atado de cigarrillos, etc.). Así, la calle se transforma en un lugar de trabajo, en un lugar de contacto con otras personas que no son cirujas. Ya no serán los “capangas” los que les garanticen protección sino una nueva red de relaciones que se debe actualizar día a día. A su vez, generaron toda una serie de respuestas ante la persecución policial, que van desde una relación de cotidianidad con los oficiales hasta el llevar en el carro a menores (para que no se los lleven detenidos). Sin embargo, la vigilancia es constante. Suelen hacerse controles periódicos, las cuales muchas veces terminan con el decomiso de la carga.

Recorrer diariamente la ciudad, presenta una serie de inconvenientes. Algunos referidos a la seguridad de los mismos cirujas como son el circular a pie (o a caballo) por las atolladas calles porteñas. La criminalización de la actividad, la persecución sistemática que sufren, el maltrato de muchos *vecinos*, son prácticas habituales.

¹⁹ Así se generarán grandes diferencias de sentido en torno a la actividad entre los cirujas estructurales y los nuevos cirujas.

²⁰ Los cirujas llaman clientes a las personas que visitan periódicamente. Esta relación está basada en la relación que se genera cotidianamente.

Una de las dificultades para trabajar en la capital, para los que no viven en ella, es llegar. Existen varias vías: a pie, en tren o camiones. Entrar, significa tener que lidiar con controles policiales, caminar largos trayectos en el caso de los trenes para luego viajar incómodos en formaciones destartadas o tener que subirse a peligrosos camiones. Estas dificultades no acaban una vez que están en la “gran ciudad”.

En 2002 se legalizó y reglamentó la actividad. En la Ley n° 992 se reconoce, por primera vez a los “recolectores informales” como actores dentro del sistema de recolección de residuos. Esta ley les permite “trabajar” en el ámbito de la Capital Federal. Sin embargo, se debe hacer una analogía legalidad/legitimidad. Las acciones en lo cotidiano dan cuenta como la estructuración durante casi treinta años sigue marcando el ritmo de la actividad. Estas marcas quedan establecidas tanto en los que realizan la actividad como en agentes estatales y vecinos. En 2005 se puso en práctica un nuevo sistema de recolección de residuos, llamado de “área limpia”²¹ que, a priori, es opuesta a la forma anterior de recolección. Esta iniciativa concuerda con los lineamientos de la Ley 1854 de la Ciudad de Buenos Aires sancionada a fines de 2005 conocida como “Ley de Basura cero” en la que se obliga a reducir progresivamente la cantidad de basura reciclable enterrada. Como parte de este proceso se han abierto plantas de separación (hoy en día existe una sola en funcionamiento en manos de una cooperativa de recolectores) y se planea la confección de “centros verdes”, dónde los recuperadores urbanos (es el nombre con el que el gobierno de la ciudad reconoce a los cirujas) tendrán espacio para estacionar los carros, separar los materiales y venderlos. El gobierno de la ciudad ha impulsado la conformación de cooperativas de recolectores. Todas estas transformaciones son muy recientes y merecen un análisis hacia el futuro.²²

Palabras finales

Los sujetos reconstruyen sus prácticas a partir de sus trayectorias de vida. Los sentidos que adquieren las prácticas de los cirujas se fueron conformando en el contexto descrito.

Durante casi un siglo el cirujeo se realizó en espacios acotados, en las Quemadas. Éstas eran lugares acotados dónde la basura era llevada por camiones y vertida sin ningún otro tratamiento. En la Quema los cirujas recolectaban, comían, vivían, dormían, vendían lo que juntaban. Allí se crearon relaciones estables, entre cientos de sujetos (no sólo cirujas) que una vez cerrada siguieron dedicándose a la actividad. Los cirujas trabajaban en grupos.

Como parte de la concepción de ciudad y del uso del espacio impulsados por el último gobierno militar, los basurales fueron cerrados.

Las acciones del gobierno militar significaron una modificación en las formas de control del espacio y de las prácticas de todos los habitantes de la Ciudad de Buenos

²¹ El sistema ahora plantea que se paga no en función de la cantidad de residuos recolectados sino a “lo limpio que queda el área que le corresponde a la empresa”.

²² A la luz del trabajo realizado hasta ahora pueden plantearse, sin embargo, algunos interrogantes: ¿Quiénes manejarán las nuevas plantas? ¿cuáles son los criterios para otorgar el control de estos espacios? ¿cómo convivirán las empresas prestarias del servicio con los recolectores?. Por otro lado, las experiencias de las cooperativas no ha sido positiva.

Aires. Los cirujas, en este proceso, vieron desaparecer su fuente (los residuos) y lugar de trabajo (las quemas). La actividad se convirtió en ilegal, constituyéndose al mismo tiempo una serie de relaciones que conformaron un sistema de represión y control.

No sólo se generó un sistema de gestión regional (el CEAMSE), sino que, en la ciudad de Buenos Aires, se produjo un profundo ordenamiento de la conducta a los porteños en relación a la basura. A su vez, estas nuevas políticas se entrelazaron de manera compleja con las trayectorias de los cirujas, el sistema de recolección y las percepciones sobre la actividad. Hay que destacar que los cirujas fueron objeto directo e indirecto de las políticas del gobierno municipal militar.

A partir de entonces, el cirujeo pasó a realizarse en las calles y se hizo –predominantemente- nocturno. Las relaciones con otros sujetos también comenzaron a producirse en la calle. Ya no serán los capangas el mecanismo que garantice la seguridad, sino la generación de redes de conocimiento mutuo con clientes y vecinos. Que la basura haya pasado a ser propiedad de las empresas recolectoras de basura, fue una marcada diferencia con las políticas anteriores a 1977. A partir de entonces, y durante 27 años cualquier tipo de cirujeo estuvo prohibido. Las alianzas que se fueron entretejiendo entre diferentes empresas y el Estado se fueron estableciendo en ciertas áreas de la Secretaría de Medio Ambiente, conformando toda una burocracia que maneja las políticas (concepciones) de higiene urbana.

Las miles de personas que comenzaron a realizar la actividad durante los noventa y el dos mil, encontrarán en la calle los materiales para la recolección. Al mismo tiempo, el lugar de trabajo quedará disociado de otros espacios (como de habitación, compra y venta de materiales). Los viejos cirujas, tuvieron que encontrar la manera de resignificar sus prácticas y su pasado para contraponerlo con las historias de los actuales cirujas.

El creciente desempleo, la creciente urbanización de la pobreza, la visibilización de la actividad ha generado transformaciones, llevando a una creciente heterogeneidad de prácticas. Sin embargo, las características básicas que adquiere la recolección encuentran en la dictadura sus bases estructurantes.

Por otro lado, queda el desafío de analizar las transformaciones recientes en las políticas en torno a la recolección de residuos. Sin embargo, como planteamos anteriormente, no debemos olvidar que las agencias y discursos estatales también están históricamente contruidos y van adquiriendo independencia. En este sentido, es necesario seguir analizando los discursos de todas las agencias del Estado en torno al tema.

Reconocer las marcas del pasado en las prácticas actuales es una aproximación para pensar en cómo los sujetos recuerdan y redefinen el pasado en sus acciones diarias, en los sentidos que se le otorga a las acciones que configuran la realidad social.

Bibliografía

Balandier, Georges

1994. *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona: Paidós Studio.

Bernández, M.

1899. "La quema de las basuras" En: Revista *Caras y Caretas*. Buenos Aires.

Basualdo, Eduardo

2001. *Sistema político y modelo de Acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera (1976- 2001)*. Bernal: UNQ.

Cravino, María Cirstina

2006. *Las villas de la ciudad. Mercado e informailidad urbana*. Los polvorines: UNGS.

Foucault, Michel

2003. *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI editores Argentina.

Grassi, Estela; Hintze, Susana y María Rosa Neufeld

1994. *Políticas sociales, crisis y ajuste estructural*. Buenos Aires: Espacio.

Guber, Rosana

1991. "villeros o cuando querer no es poder". En: Ariel Gravano y Rosana Guber (comp.) *Barrio sí, villa también*. Buenos Aires: CEAL.

Guber, Rosana

2007. "Los tiempos de ciertas memorias. Algunos usos políticos de la temporalidad en la Argentina". En: *Malestar. Psicoanálisis/ Cultura* Año 7 N° 6: 21-34

Gupta, Akhil y James, Ferguson

1992. "Beyond "culture": Space, Identity, and the Politics of Difference". En: *Cultural Anthropology*, Vol 7, N°.1: 6-23.

Kowarick, Lucio

1996. "Expoliación urbana, luchas sociales y ciudadanía". En: *Estudios Sociológicos*. México: el Colegio de México.

Oszlak, Oscar

1991. *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al Espacio Urbano*. Buenos Aires: CEDES-HUMANITAS.

Paiva, Verónica

2006. “La gestión de los desechos y el cirujeo como modo informal de recolección en la ciudad de Buenos Aires entre los siglos XIX al XX”. En: Actas de las VI Jornadas Nacionales “Espacio, Memoria e Identidad”, Rosario, UNR.

Perelman, Mariano

2005. “Sobre la inclusión de la cuestión de los cartoneros en la agenda política del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires”. En: A. Cetti, A. Re, D. Rindel y P. Valeri (comp.) *Entre pasados y presentes. Trabajos de las VI Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencias Antropológicas*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

Perelman, Mariano

2004. “Las subjetividades en vidas de cartón: el cirujeo en la Ciudad de Buenos Aires”. Tesis de licenciatura. Buenos Aires: Departamento de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Prignano, Angel

1998. *Crónica de la Basura Porteña. Del fogón indígena al cinturón ecológico*. Buenos Aires: Junta de Estudios históricos de San José de Flores.

Ratier, Hugo

1972. *Villeros y villas miserias*. Buenos Aires: CEAL, 1972.

Schamber, Pablo

2006. “Morfología del fenómeno cartonero en Buenos Aires”, En: Guillermo Wilde y Pablo Chamber (comp.) *Culturas, comunidades y procesos urbanos contemporáneos*. Buenos Aires: San Benito.

Suárez, Francisco

1998. “Que las recojan y arrojen fuera de la Ciudad”, *Historia de la gestión de los residuos sólidos (las basuras) en Buenos Aires*, Documento de trabajo N° 8. Los polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Topalov, Christian

1978. *La urbanización capitalista*. México: Edico.

Torres, Horacio

1993 *El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)*. Serie Difusión 3. Buenos Aires: Dirección de investigaciones - Secretaría de investigación y posgrado. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo – UBA.

Trouillot, Michel-Rolph

2001. “The Anthropology of the State in the age of globalization: Close Encounters of the Deceptive Kind” En: *Current Anthoropology*, Volumen 42 N° 1. Chicago: AAA.

Villarreal, Juan

1985. “Los hilos sociales del poder”. En: *Crisis de la dictadura argentina, Sección II: La sociedad movilizada*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Ziccardi, Alicia

1983. “Villas miserias y favelas: sobre las relaciones entre las instituciones del Estado y la organización social en las democracias de los años sesenta”. En: *Revista Mexicana de Sociología 1* (enero-marzo). México: IIS